

ULTIMO DISCURSO DE VÍCTOR BALAGUER

LEÍDO POR SU AUTOR EN LA FIESTA INAUGURAL DE LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA CELEBRADA Á FINES DEL PASADO AÑO.

(Continuación). (1)

De aquel acto parten ortodoxia y dogma.

Y sin embargo, en tanto como se acaba de pensar, hablar y discutir acerca de regionalismo y *catalanismo* en parlamentos, prensa y Ateneos, nadie se acordó de citar aquel acto trascendental del que arrancan declaraciones, doctrina y credo de los Juegos Florales, proclamado desde lo alto de la tribuna por el consistorio de aquel año.

Aquí todos somos españoles, y queremos serlo, se dijo, como todos también somos latinos. Somos españoles de patria, lo somos de corazón, de tradición, de sentimiento, de historia, de lengua, de alma y de espíritu.

Y así es. Pues que, ¿por ventura Cataluña no era ya España mucho tiempo antes de llamarse Cataluña? Tierra de Iberia la llamaron Julio César y Pompeyo. Hispania comienza en Portvenieris, escribía Pomponio Mela, *Marca de España* la apellidaban sabios y gobernantes: *España tarraconense* el Senado y el pueblo romanos. Sólo después de la invasión de los godos comenzó a titularse *Gothalaunia*, de que provino Catalaunia primero y luego Cataluña.

Todas esas discusiones que se movieron á causa de supuestas tendencias separatistas han sido deplorables, muy de lamentar y peligrosas. Hay cosas que no pueden ni deben discutirse, como la madre, el honor, la patria. Son eternas y superiores como la ley de Dios.

En frente de ideas inconscientes que pueden turbar el ánimo, y ante el fragor de esos rebatos y revuelos que se levantan como polvaredas que el huracán empuja y él mismo deshace, nosotros seguimos sosteniendo el amor y culto de la región y el principio substancial de la entidad de la patria única, sola, indivisible, porque la patria es la madre. Ni se discute, ni se parte.

Nada más desdichado que esa triste frase de patria chica y patria grande tan indiscretamente traída al debate. La patria siempre es una y grande, siempre una y santa.

Error grave ha sido el de esta frase, como lo fué el de *coronilla* aplicado un día con tanta ligereza á la Corona de Aragón.

Es este instituto, cuyo acto público estamos celebrando, uno de los que más ayudan y tienden á la unidad de la patria estableciendo relaciones literarias, comercio de ideas, aproximaciones, intimidades y simpatías. Y de tal manera fué esta la idea creadora de los Juegos Florales de Barcelona, como que tendía á más aún, al engrandecimiento de la patria española por medio de la *Unión Ibérica*, idea entonces sostenida y preconizada por cuatro de los que fuimos fundadores.

Conserva también este instituto el espíritu de la región, que hay que mantener y guardar como cosa sagrada, porque la región es la casa *pairal*, es decir, la casa patrimonial, la solariega, el hogar, la familia, la lar, la historia, tradición y gloria de los pasados; y proclama la unidad de la nación porque la nación es la patria.

Y allí hay nación donde regiones diversas, aunque hablen lenguas distintas y tengan distintas costumbres, se acercan, agrupan, enlazan y confunden bajo un nombre común y una bandera como símbolo. Por medio de formaciones históricas bien definidas y de agrupaciones realizadas bajo condiciones particulares y determinadas, se unen familias y pueblos en un solo grupo para ampararse, defenderse, progresar y solidarizarse. El tiempo, las circunstancias, la unión que es la verdadera fuerza, los intereses mutuos y las mutuas esperanzas, los éxitos alcanzados en comunidad y las desgracias en comunidad sufridas, van cimentando su unificación y constituyen su historia. Esto es lo que determina la vida nacional, y la vida nacional es la patria.

Lo demás, el pueblo en que se nace, la casa en que se vive, el pedazo de tierra en que, con nuestros lares y penates, están nuestros intereses, aquello es el hogar, la familia, lo que llamaban los latinos el municipio, lo que los viejos catalanes y aragoneses llamaban *la tierra*, pues que por las usanzas y prácticas antiguas se ve que *tierra* y *patria* no significaban exactamente lo mismo, dándose más amplitud y alcance á la segunda.

Así creo yo que debe entenderse lo que es nación, patria, región, hogar, familia, cuyos nombres y sentimientos, por haberse barajado sin orden, concierto ni medida, han traído lamentable trastorno al campo de las ideas en lucha.

Así como los latinos establecían una diferencia muy esencial entre lo que era municipio romano y nación latina, así los antiguos catalanes y aragoneses la establecían entre tierra y patria. La *tierra* era Cataluña, es decir la región y comarca en que habían nacido y vivían. La *patria* era Aragón, Valencia, las Baleares, todos los estados que formaban la nacionalidad de la Corona de Aragón.

Y era en ellos tan sagrado, tan sugestivo, tan íntimo el sentimiento de la patria común, que obligaban á sus reyes á prestar, inmediatamente después del juramento *por las libertades de la tierra*, el juramento *por las islas*, es decir el de mantener y conservar dentro de la patria común las islas y territorios adquiridos en lejanas tierras.

De esto se deduce que los antiguos catalanes, en vez de querer, como parece que hoy pretenden algunos, una llamada patria chica, pequeña, disminuida, *casulana* ó casera, ambicionaban ir engrandeciéndola haciéndola poderosa y superior, adelantándose así, por intuición y por espíritu de progreso, á lo que hoy se proclama.

No hay más que estudiar la tradición y la historia.

En cuanto los árabes son arrojados de las primeras líneas, Barcelona

se constituye en un centro de acción y de vida, alma de Cataluña. Los condes de Barcelona, empujados por los ciudadanos, van absorbiendo los condados de las comarcas vecinas, el de Ausona, el del Ampurdán, el de Urgel, el del Rosellón, y hasta llegan á trasponer los montes para ensanchar límites é ir en demanda de mayor espacio y horizontes nuevos por las rientes comarcas de Provenza. Ya luego el último de los Berenguer une por lazo de matrimonio á Cataluña con Aragón, y ya en seguida sus sucesores, con el auxilio de las Cortes y Parlamentos, sólo tratan de aumentar la grandeza de la tierra, rebasando fronteras. Alfonso el *Batalador*, sueña en ser emperador de España; Pedro el *de Muret*, salvando la valla del Pirineo y siguiendo la tradición condal, intenta hacer una nación de Cataluña, Aragón y Provenza.

Jaime el *Conquistador*, después de unir Valencia y las Baleares á Cataluña y Aragón, abandona por el tratado de Corbeil la tradicional idea catalana de extenderse por el lado de Provenza, sin embargo de haber nacido en ella y ser *su tierra*, y pugna por ser rey de León para luego pensar en serlo de Castilla y realizar así la idea de Alfonso el *Batalador*, que sólo le es dado terminar á los Reyes *Católicos*, Fernando é Isabel, monarcas por cierto de origen ilegítimo, á juzgar por la teoría de los partidarios del derecho divino.

No hubo más error en este gran suceso que el que se pudo tal vez cometer con irse el *hereu* á casa de la *pubilla*, en vez de venirse la *pubilla* á casa del *hereu* según ley y costumbre eternas.

Se ve, pues, que ni mares, ni ríos, ni montañas fueron tropiezo ni linde para nuestros mayores. La patria se iba ensanchando ante su bandera y su caballo de batalla.

No eran pues aquellos reyes y aquellos ciudadanos los que creían que la lengua era la patria y que ésta termina donde aquella acaba.

Todas estas cosas aparecen claras y precisas con sólo poner atención en ellas; pero no consiguieron fijarla en tanto atropello de lucha como hubo para buscar la solución del que ha sido llamado problema *catalanista*. También en los centros y prensa de Barcelona, por varias y distintas causas y obedeciendo á orígenes diversos, se levantaron tempestades y enfurecimientos verdaderamente obsesionales.

Todo ello hizo que la solución que se buscaba para el llamado problema desapareciera ante tan inútil palabrería y tan gárrulos desfogues.

La doctrina de los Juegos Florales claramente expuesta por Mayo de 1868 en Barcelona, ante primates de Aragón, de Castilla, de Cataluña, de Valencia y de las Baleares, ha sido explícitamente confirmada en la fiesta de este año de 1900 en Valencia, en sesión presidida por el ilustre publicista mallorquín D. Juan Alcover, diputado que fué en Cortes.

Y ya, después de esto, hay que explicar lo que es, representa y significa ese *catalanismo* tan alardeado, que aparece y dibuja en el fondo de los Juegos Florales.

Estudiado en su origen y desarrollo se verá que no tiene la importancia ni los alcances que ha pretendido dársele.

Pero tengo antes que hacer una confesión sincera y una declaración terminante.

He sido de los que alentaron y despertaron el movimiento literario de Cataluña, quizá quien más fervor puso en ello y más suerte tuvo; pero no fui ni soy *catalanista*, en el sentido al menos que por malaventura ha tomado y se da á esta palabra y voz disidente, que tiene hoy una significación contraria á la que pretende y debiera tener.

Franca y explícitamente, pues, declaro que no soy *catalanista*, aunque sí catalán ferviente y convencido, de corazón y de raza, como quien más lo sea y pueda serlo y mayores pruebas haya dado y pueda dar de amor á Cataluña. No pertenezco al bando de los *catalanistas*, ni habito en su fanatismo, ni comulgo con ellos, ni acepto el programa de Manresa, ni creo en el himno de los *segadores*.

De los sembradores pudiera muy bien decirse, que no es de siega de lo que se trata, sino de siembra.

El *catalanismo* no es separatista, ni nada tiene de ello. Es sencillamente un bando, y nada tiene de problema, como se ha supuesto. Sólo en el caso de que llegaran á ahondar ciertas ideas que en su seno germinan, podrá algún día, y aun unido á otros elementos, ser un problema social. Hoy no tiene importancia. Nada representa, nada es, nada defiende que no representen, sean y defiendan otros organismos más poderosos y fuertes que militan en campo abierto con bandera izada.

Comenzaron los *catalanistas* por ser una facción en los Juegos Florales, donde nacieron y de donde vienen. Intentaron ser un símbolo, una bandera, una escuela. Pretendieronlo en vano, á pesar de tener hombres de saber y superioridad entre ellos.

Tomaron nombre de *catalanistas* para expresar con él una especie de supervivencia, algo como un superavit de afición á la literatura y cosas catalanas. Se consideraban más realistas que el rey y más papistas que el papa.

Fué pues el *catalanismo* en sus comienzos, á más de una disidencia lingüística, una perturbación heterodoxa, una rama desprendida de los Juegos Florales, un grupo protestante, una reforma con su ingratitud y su Lutero.

Los *catalanistas* maldecían entonces de la política y de los políticos, y eran golpe de espíritus inquietos y desasosegados, con talento, sí, y con ingenio, aunque no tal vez discreción, ni oportunidad, ni sentido práctico alguno en la realidad de los hechos y las cosas.

(Continuará).



JULIO BORRELL

UN PARTIDO DE INTERÉS

(1) Véase el número 86.

JULIO BORRELL



POMPA CIRCENSE

CUADRO PINTADO EXPRESO PARA LA ACTUAL EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

Fot. Audouard.